

tretenemos con una algarada mora, y encontró en el candor y vivacidad de nuestro patriotismo apoyo para aquel *moxa* ó derivativo de nuestras inquietudes políticas que se llamó la *guerra de África*. Hombres sensatos y previsores (mi inolvidable padre se contó en este número) la desaprobaban por innecesaria, como la habían de reprobado después por infecunda; pero, dada ya la señal de ataque, nos sentimos todos unidos por esa solidaridad sublime que forma la nacionalidad... y hasta nos entusiasmos... (hablo en general, pues yo, con mis siete ú ocho años de edad, claro que me archi-entusiasmé, hasta palotear mis primeros versos).—Las tropas españolas habían pasado el Estrecho, y con ellas iba, en calidad de soldado voluntario, Pedro Antonio de Alarcon.

Bien dice Catalina — á quien tengo que expoliar, porque sus juicios sobre Alarcon revelan sumo acierto — que «aquellas ardientes aventuras políticas de Granada, aquellos discursos revolucionarios del

*bienio*, aquellos artículos furibundos de *El Látigo*, no eran sino emanaciones del belicoso patriotismo que ardía en su alma, y que, pugnando por desbordarse, salía por cualquier parte en busca del peligro...», pues «Alarcón no era revolucionario, como no lo han sido tal vez la mayor parte de los hombres que han figurado en la Revolución; pero tenía en su alma el calor y la inquietud propios de los hijos del Mediodía...» Verdad y muy verdad. Ni revolucionario, ni realmente político (á pesar de sus apasionadas campañas) fué, en realidad, Alarcon. Su fantasía, su sensibilidad, su vehemencia, y las circunstancias exteriores, pueden darnos la clave de cómo pasó de demagogo á conservador *ultra*, y de bohemio romántico á defensor de «la moral en el arte».

Ya le tenemos soldado del batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, vistiendo levita abrochada con una carrera de botones, pantalón encarnado y leopoldina; haciendo la travesía de Málaga á Ceuta, incorporado al ejército de operaciones

que se disponía á castigar al «infiel marroquí». Su *hoja de servicios*, que han exhibido los periódicos, nos dice que el joven escritor militaba á los órdenes del Teniente General D. Antonio Ros de Olano, y que era Comandante de la primera división, á que su batallón pertenecía, Don José Antonio Turón.—Y también nos enteramos de que Alarcon se halló en la acción del 15 de Diciembre, y en la del 17 del mismo mes, sosteniendo la retirada del cuerpo de reserva sobre las alturas de los Castillejos; y asimismo en las ocurridas al frente de dicho campamento los días 20, 22, 25 y 29, «y por el mérito que contrajo en dichas acciones, fué agraciado con la cruz de María Isabel Luisa, pensionada con diez reales mensuales».—He aquí á Alarcon dueño de seis duros de gloria militar al año.—El 30 de Diciembre tomó parte en la brillante defensa hecha en la primer avanzada del mismo campamento, recibiendo en un pie una contusión de bala. Pasó luego al Cuartel general del General jefe en calidad de orde-

nanza, y declaráronle exento de servicio para que pudiera consagrarse á escribir el *Diario de un testigo*. Á pesar de hallarse contuso, asiste á caballo á la batalla de los Castillejos, de donde le retiran á Ceuta gravemente enfermo; restablecido ya, se encuentra en los combates del río Capitanes y Cabo Negro; el 23 toma parte en la acción de la Vega de Tetúan, y sobre las lagunas; el 31 se halla otra vez con su batallón en la función guerrera de Guad-el-Jelú, tercia en dos cargas á la bayoneta, y sobre el mismo campo de batalla recibe la cruz de San Fernando. La última batalla á que acude es la del 4 de Febrero; en las notas de su itinerario de viajes del año 1860, encontramos la siguiente para el mes de Marzo. «De Tetúan á Cádiz, y de Cádiz á Sevilla y Córdoba, haciendo alto en estas tres ciudades.—De Córdoba á Madrid, en cuyo camino me alcanza y deja atrás la noticia de que la Paz se ha firmado.»

La Historia de España, continuación á la de Lafuente, por Valera, Pirala y Bo-

rrego, no dice ni palabra de la estancia de Alarcon en África durante la guerra, ni menciona el *Diario de un testigo*. Y sin embargo, este libro de campamento (que en su lugar consideraremos desde el punto de vista literario) fué escrito en circunstancias que le prestan analogía — guardadas todas las distancias y hechas todas las salvedades — con aquella crónica del soldado Bernal Díaz del Castillo, dato seguro para conocer las vicisitudes de los españoles en Méjico. El relato de Alarcon se escribía á la hora en que, rendido por los sangrientos lances de la jornada, retirábase el autor á su tienda, encendía una vela puesta sobre el cubo de una bayoneta clavada en tierra, y en medio del silencio del campamento dormido, trazaba sus impresiones. ¡ Hermosa y simpática etapa *ercillesca*, que todos los que tenemos sobra de glóbulos rojos en la sangre y el sentimiento patriótico tan intacto como lo pudo tener el *carbonero alcalde* de Lapeza, envidiamos á Alarcon!

De la popularidad de aquel *Diario*, fundamento de su extensa fama de escritor, que nos hable Alarcón mismo. « Á cincuenta mil ejemplares llegó la tirada hecha en Madrid por las prensas de mis buenos amigos los Sres. Gaspar y Roig (hoy difuntos); y, como el precio medio de cada ejemplar ascendió á cincuenta reales, resulta que la obra produjo *dos millones y medio*. Es decir que, deducidos gastos de impresión, y aunque aquellos señores se portaron conmigo espléndidamente (pues que, *motu proprio*,\* me dieron doble cantidad de la contratada), el beneficio líquido del negocio pasó, para ellos, de *noventa mil* duros.—La segunda prueba material que tuve del éxito del *Diario de un testigo*, fué que el día que salí de Tetuán para España, me vi obligado á quemar más de *veinte mil cartas* de personas para mí desconocidas, quienes me habían escrito desde todos los ámbitos de la Nación, hablándome de la guerra y de mi obra en términos tan semejantes, que sus cariñosas epísto-

las parecían copias de un solo original redactado por el amor patrio.—Y las quemé, porque ocupaban dos grandes baules, de difícil acarreo en tales circunstancias, y porque, tratándose de unos papeles que en cierto modo se asemejaban á lo que llamamos *Gloria*, consideré muy natural y propio darme con ellos un *gran baño de humo....*»

*Gloria* eran, en efecto, los tales papeles, aunque no *gloria literaria* en el estricto sentido de la frase.... Pero dejemos estas consideraciones para su lugar, y recordemos aquí que, después de las fatigas bélicas, del ingrato clima del Mogreb, y de la ruda tarea de su libro, Alarcon gozó primero un delicioso descanso en Aranjuez, — descanso que, en su *memorandum*, consignó con estas cuatro palabras, «espárragos, flores y fresa», —y luego de la holgura pecuniaria debida al *Diario*, y aprovechada en la grata forma de excursiones, — al Escorial, á registrar códices y sepulcros, á Sagunto, á ver el eclipse total de sol, á la Granja, donde

pagó tributo á la moda de hacer hablar y voltear las mesas, y, en el otoño, un viaje en toda regla: *De Madrid á Nápoles*.

De la campaña de África no trajo solamente Alarcon fama, prosperidad, popularidad definitivamente adquirida, que ya nunca había de regateársele, sino los fundamentos de esa posición política que sirve aquí de paliativo á lo precario de la ganancia literaria, — por lo cual nuestros escritores se ven obligados, entre los treinta y los cincuenta, á intervenir, á veces sin gran lucimiento, en lo que un maestro del arte francés ha llamado, con enérgica y despreciativa frase, *sale cuisine politique*. El general O'Donnell, en medio de los cuidados del General en jefe, no dejó pasar inadvertida la presencia en el campamento de «dos periodistas jóvenes, arriesgados, deseosos de gloria», que se llamaban Pedro Antonio de Alarcon y Gaspar Núñez de Arce. El «gran zurcidor de voluntades», como le llama el periódico de donde tomo estos datos, no anduvo remiso en afiliar

á los dos ilustres mozos, que ni tenían entonces ni después han demostrado tener esa fijeza y claridad de ideal, ese arraigo firme y fuerte de las convicciones, que acoraza contra semejantes tentativas de reclutamiento. Llegando el Sr. Catalina á este período de la vida de Alarcón, juzga con motivada severidad al partido del general O'Donnell, estampando las siguientes frases: «Su política descreída y reselladora había recogido los elementos dispersos de todos los partidos, por buenos ó malos medios; y á la verdad que no dejaba de ser práctico un partido cuyas doctrinas servían tanto á los que procedían de la Revolución como á los que venían del campo reaccionario.» Castigo general de los que se dejaron engolosinar por el astuto irlandés y no rompieron á tiempo sus redes, fué la perpetua fluctuación entre dos aguas, la carencia de criterio fijo y el infecundo escepticismo, más aún que político social, viniendo á ser, como aquellos condenados del Dante, *a Dio spiacenti ed ai nemici suoi*.

El castigo particular de Alarcón consistió en lo deslucido y desmedrado de su carrera política, á la cual consagró actividades que irían mejor empleadas en el terreno literario. Alarcón mismo nos dirá la cantidad de trabajo y sacrificios que le impuso su adhesión á O'Donnell y su segunda *calaverada* política. «Con el libro *De Madrid á Nápoles* termina la primera época de mi vida literaria. Dedicuéme entonces á escribir, por patriótico afecto al duque de Tetuán, *un artículo político diario*» (¡qué penitencia!), «protestando de mil maneras contra la ingratitud y locura que había derribado del poder á un General tan ilustre y tan apto para gobernar á España como aquel semi-irlandés *que tan á fondo nos conocía*» (subrayo esta frase, que, ó es irónica, ó es candorosisima: Alarcón no la subraya). «Elegiéronme luego mis paisanos diputado á Cortes, de oposición; lo fuí después ministerial: cuestiones de campanario, intereses de localidad, luchas parlamentarias, obliga-

ciones de partido, destierros, conspiraciones, la temida Revolución; toda la *Comedia infernal*, en fin, de los llamados «intereses públicos», tal y como en los tiempos modernos ha sido y es representada por los Quijotes y beneficiada por los Sanchos, absorbieron mi actividad y mi tiempo, y pasáronse de este modo doce ó trece años, sin que volviese yo á componer ningún libro.» ¿Qué fruto recogió Alarcon de tantos afanes, de tal derroche de tinta, de casi tres lustros estériles para su vocación verdadera? Lo diremos en pocas palabras, extrayendo las páginas que consagra el Sr. Catalina á reseñar detenidamente los fastos políticos del autor de *El Escándalo*.—Un nombramiento de canónigo en la catedral de Guadix, para un su hermano, beneficiado en otra catedral. Una demanda ante la justicia, por dimes y diretes electorales con un gobernador. Un acta de diputado, obtenida á la segunda intontona. En 1866, el destierro, por haber firmado la célebre protesta de los diputados

unionistas. Asistir á la batalla del puente de Alcolea, con Correa y Ayala, diciendo agudezas cuando las balas rebotaban en torno suyo. Un nombramiento de Plenipotenciario para la corte de Suecia y Noruega—nombramiento que rehusó.—Otra acta de diputado. Una campaña desesperada y maldita, á disparos de artículos y folletos, en favor de la más impopular, inmoral y antipática de las candidaturas al trono español.—Tercer acta, y tercer legislatura.—Segunda derrota, y campaña contra el Gabinete Sagasta-Romero Robledo.—Nueva campaña dinástica, no ya á favor del cuñado destronador de su cuñada, sino del hijo de la destronada señora, ó sea D. Alfonso de Borbón. Artículo decisivo, de esos que sólo escriben los verdaderos literatos y sólo aprovechan los políticos verdaderos, titulado *La unión liberal debe ser alfonsina*.—Resultado final: una plaza de Consejero de Estado, la gran cruz de Isabel la Católica, simpatías en las filas conservadoras, entrada en la Academia.... ¡Si-

quiera Núñez de Arce llegó á ministro!

Cuanto más considero las empresas políticas de Alarcon, más me persuado de que fueron un prolongado yerro, una equivocación funesta. Alarcon no servía para el caso. Pruébalo el mismo desinterés y nobleza que, según nos dice Catalina, supo manifestar, ya esperando para *resellarse* públicamente la caída de O'Donnell, ya rehusando á raíz de la subida de Amadeo las tentadoras ofertas de Silvela y Prim, ya contentándose con la plaza relativamente modesta de Consejero, «primer destino que llegó á desempeñar en veintiún años de vida política». Aprobando, respetando y admitiendo este desinterés en que creo, no puedo menos de encontrar en él algo extraño, algo que pugna con la índole de las evoluciones políticas de Alarcon. Lo único que explicarla una adhesión militante á O'Donnell y Montpensier, ó una campaña tan odiosa como la que Alarcón sostuvo á favor de la esclavitud en *El Diario de la Marina*, no es ciertamente ese desinterés caballe-

resco y absoluto. Lo que prueba ese desinterés es la carencia de ideal social de Alarcon, y la índole de su naturaleza meridional, *en dehors*, dócil á las impresiones, á las simpatías, rebelde al raciocinio y al método. Su propio empeño en demostrar que toda la vida había profesado «las mismas ideas religiosas, morales, de gobierno, didácticas y de todo orden», es un argumento contra la precisión y claridad de esas ideas, que le permitieron ser sucesivamente, y sin detrimento de su integridad, libelista demagogo, unionista, monárquico de Montpensier, monárquico de Alfonso, esclavista, apóstol laico.... ¡Ah! ¡Es que Alarcón, nacido para las letras, bellas, amenas y *desarmadas*, fué ante todo *ingenio y fantasía*, y el hombre político, enterizo y serio, es ante todo *pensamiento y voluntad!*

## III

Síntomas de cansancio.—Vida doméstica.—La batalla literaria.—Muerte.

Dejando ya á un lado las equivocaciones políticas de Alarcon, digamos que después del paréntesis abierto tras la publicación del viaje *De Madrid á Nápoles*, reapareció en el palenque literario en 1874 con *La Alpujarra*, á la cual siguió *El Sombrero de tres picos*, punto culminante de la inspiración alarconiana. Retrocedamos ahora para recordar cuál era, aparte de la actividad política y literaria, la vida íntima de Alarcón, donde no podemos calar más hondo de lo que él mismo nos permita, pero sí lo bastante para que, llegado el momento de estudiar los libros, nos lo expliquemos mejor.—El año de 1863 fué para Alarcón año crítico, pues fué, como él dice, «el de las muer-

tes». En Enero le llevó á Guadalajara el fallecimiento de un amigo (no sabemos cuál). En Febrero hizo la viajata de Madrid á Guadix, llamado por uno de los mayores dolores que caben en la tierra... la muerte de un padre.—En Marzo regresó de Guadix á Madrid, citado por Pastor Díaz moribundo... Pastor Díaz, de quien dijo diez y nueve años después, en un soneto:

«Él me amó como padre: fué mi amigo,  
Mi maestro, mi amparo...., y yo, de hinojos,  
¡Ay triste!, de su muerte fui testigo....»

Y en Septiembre del mismo año empezó á morir la fogosa y desmandada juventud de Alarcón... Este fenómeno lo señala en su *memorandum* con pocas y expresivas palabras:—«Portugalete.—Baños de mar....—Síntomas matrimoniales». Sí; venía la madurez; y venía en forma de hastío de la soltería, de ansia de hogar, tomado (á lo que puede columbrarse) con la significación de *puerto de reposo*.... No quisiera deslizarme en conjeturas atrevi-



das; pero hay una frase en la *Historia de mis libros*, de Alarcon, que parece indicar que atravesó su horizonte un relámpago de esos á cuya luz se ve la vida diferente...., por completo mudada.... He aquí la frase, que me hace entrever algún episodio del género de *Tic.... tac....* «Para colmo de transformación, la fatalidad ó la Providencia me había sometido, en mis últimos años de soltero, á una de aquellas pruebas que refunden y modifican la naturaleza más áspera y rebelde.... ¡Era otro hombre!....» Nada más sabemos de la misteriosa prueba.... Y para que nadie nos acuse de juicio temerario, traslademos otro párrafo de Alarcon, tomado de una crítica antigua y desacertada de la *Fanny*, de Feydeau. Después de calificar la novela de Feydeau de «boletín de un adulterio vulgar», añade Alarcon, confesándose, según costumbre, con el público: «Como tales cosas les han sucedido á casi todos los seglares ( con diferencia de horas, de sitios, de trajes, de muebles, de palabras y de caricias....; pero no con

diferencias muy radicales, pues en esas miserias poco hay que inventar), resulta que lee uno el libro con cierto interés, pues se trata de sus propias aventuras....»

Dejando lo conjetural que se relaciona con aquella prueba que refundió y modificó á Alarcón, y apreciando solamente lo que es del dominio público, diremos que desde los primeros síntomas matrimoniales hasta el casamiento transcurrieron dos años ó poco más. En Febrero de 1866 ya vino Alarcon de Granada á Madrid «muy bien acompañado para siempre». Llámase la que es hoy su viuda Doña Paulina Contreras y Reyes; la boda se verificó en Granada, y sin duda los primeros y gratos momentos del idilio conyugal corrieron á la sombra del glorioso laurel de la Zubia.... El Sr. Catalina nos informa de que Alarcon encontró una señora dignísima, y de que á su vez «el estudiante calavera, el literato de mala vida, el soldado de África y el hombre del gran mundo» supo ser el más fiel y

formal de los maridos y el más bonachón de los padres. En diferentes párrafos de su prosa y renglones de sus poesías se jacta de lo mismo Alarcón.

Sin quitar ningún mérito á estas virtudes domésticas, y sólo á título de inexcusable observación crítica, añadiremos que en Alarcon había ido graduándose lentamente la enfermedad que producen las juventudes borrascosas y los despilfarros de energía, que se llama cansancio vital, y que antaño llevaba á la celda monástica y hoy á la celda del matrimonio.— Todavía, sin embargo, conservaba Alarcón en la «edad de Cristo» mucha y sana parte de su vivacidad juvenil. El padecimiento latía, sin manifestarse en alarmante forma. En esa época de su vida le encontramos desterrado en París, «solo y sin cartas de España»; haciendo viajes de tapadillo á la frontera; regocijado con el nacimiento de su hija Paulina, y, cuando resuena el somatén revolucionario, yendo á Córdoba en calesa por hallarse ya cortado el ferrocarril, de Córdoba á Sevilla

en tren insurrecto, de Sevilla á Córdoba, con el Cuartel general del Duque de la Torre, de Córdoba á Alcolea, á caballo...., y en Alcolea, oculto tras una tapia ruinosa, en compañía del oportuno y discreto Ramón Correa. « Los dos periodistas tendiéronse en tierra. Los cañonazos menudeaban de lo lindo; las balas silbaban cerca del paredón. Aquello era por momentos una verdadera granizada. Correa y Alarcon ahondaban con sus cuerpos en la tierra todo cuanto podían...; pero ¡nada!, el peligro se acercaba por momentos; las balas pasaban rozando las ropas de los dos poetas. Al fin Alarcon rompió el silencio, diciendo:

—«Ramon, Ramón, ¿estás ahí? ¿Estás vivo?»

—»Sí, ¿y tú?»

—»Yo, con un miedo terrible; porque, chico, como los soldados de Novaliches vienen de Madrid, las balas que disparan nos buscan á nosotros; somos los únicos á quienes conocen.»

Los primeros años de la Revolución

: